

Los soldados no pusieron atención en si la orden la daba el teniente ó el condenado, y obedecieron.

Estallaron los fusiles, y Federico Staps cayó traspasado por ocho balas.

El teniente Richard había vuelto los ojos á otro lado. Cuando los dirigió al condenado, vivo un minuto antes, y que ya sólo era un cadáver, vió que el joven había muerto con la mano izquierda sobre el pecho, y la mano derecha cerrada.

Se acercó al cadáver. —Amigos,—dijo,—este desdichado me dejó sus últimas instrucciones. Hay en su pecho un retrato de mujer, y en su mano un billete.

Los soldados se apartaron con respeto.

Entonces Richard puso una rodilla en tierra, levantó el cuerpo de Staps, desabrochó el botón de la camisa, vió una cadenita de cabello delgada como un hilo, y la tiró fuera del pecho del joven.

De la cadena pendía un medallón.

El teniente, no sin vacilar, buscó con los ojos el retrato, y, al verlo, profirió un grito.

—¡Margarita Stiller!—dijo.—¡Oh! ¡Lo sospechaba! Luego, precipitándose hacia la mano derecha del cadáver, que abrió con algún esfuerzo, arrancó un papel y lo desplegó.

El papel sólo contenía estas palabras:

«Concedo la gracia.—NAPOLEÓN.»

—¡Oh! ¡Desdichado!—exclamó Pablo Richard.—¡Ha querido morir!

Después añadió con voz sombría, apretando con mano convulsiva el medallón y el papel:

—¡Yo soy el causante de su muerte! ..

XII

La retirada

El 14 de septiembre de 1812, desde lo alto del monte de la Salud, Napoleón, bajo los rayos de un sol de verano, había visto brillar las cúpulas doradas de la ciudad santa; y todo el ejército, disminuido en una cuarta parte por la batalla de Moscou, pero fuerte todavía de noventa mil hombres, había batido palmas á aquella vista, exclamando: «¡Moscou! ¡Moscou!», como catorce años antes, pe-

netrando en Oriente por la parte opuesta, había gritado: «¡Las Pirámides! ¡Las Pirámides!»

Aquella misma tarde, Napoleón entró en la ciudad desierta. Los galos, al menos, al tomar el Capitolio —á donde les guió aquel desconocido brenn, de cuyo título los historiadores latinos hicieron un hombre llamándole Brenno—; los galos, decíamos, al tomar el Capitolio, hallaron, al menos, á los senadores sentados en sus sillas curules: algo había que matar.

No ocurrió así en Moscou: sólo hallaron á los comerciantes franceses, que venían con espanto á darnos esta extraña noticia: «Moscou está desierta».

Después, por la noche, sorprendió á Napoleón el grito de: «¡Fuego!»

Á aquel grito, se asomó á una de las ventanas del Kremlin que dominaba la ciudad: ¡el palacio del Comercio ardía!

Al principio atribuyó el fuego á una imprudencia; acusó á Mortier de haber llenado mal las funciones de vigilancia del ejército; acusó á un soldado borracho de haber dado fuego; ordenó que se buscara á aquel soldado para castigarle, fusilarle. Pero manifestáronle que la cosa no había ocurrido así: que entre las doce y la una de la noche, un globo de fuego había cruzado los aires, cayendo en el palacio, y que, no sólo había dado origen al incendio, sino que era además la señal incendiaria.

Efectivamente, es una señal; porque, al propio tiempo, el fuego aparece, se eleva, se difunde por otros tres puntos de la ciudad.

Napoleón duda todavía; pero los informes se suceden: el incendio acaba de estallar en la Bolsa, y se ha visto á hombres de la policía atizarlo con largas perchas alquitranadas. En veinte, treinta, cien casas diferentes, algunos obuses escondidos en el fondo de los hogares han hecho explosión al encender en ellos lumbre, y han muerto ó herido á los soldados franceses, é incendiado las casas. Más todavía: grupos de bandidos recorren las calles de la ciudad, antorcha en mano, y propagan el fuego con la tenacidad de la borrachera, ó tal vez con la borrachera del patriotismo; la vista de los franceses les exalta más y más; las amenazas les excitan á proseguir su obra de destrucción; no hay medio de arrancarles las antorchas de las manos, y hay que derribar á sablazos á un tiempo las manos y las antorchas.

Napoleón oye todos esos relatos con profunda sorpresa; no se decide á creerlos, se obstina contra la evidencia, y se contenta con murmurar: —¡Oh! ¡Los miserables!... ¡los bárbaros!... ¡los escitas!

Y viene el día, menos brillante que la noche: la noche estaba iluminada por las llamas; el día estaba oscurecido por el humo.

No podía distraerse á Napoleón de aquel espectáculo; iba de una en otra ventana, gritando:

—¡Apagad este fuego! ¡Apagadlo!

Y por segunda vez, su voz, tan poderosa sobre los hombres, era impotente contra los elementos.

En Viena había proferido un grito semejante, el día de la batalla de Essling, cuando el Danubio le había arrancado y arrebatado los puentes; ¡pero al fin había vencido al Danubio!

¿Domaria el fuego como había domado el agua?

No; como alimentado por una fuerza invisible, el incendio extendía su círculo inmenso, acercándose constantemente. Napoleón está literalmente rodeado por un mar de llamas; cada casa es una ola que se encrespa, y la terrible marea gana incesantemente y empieza á atacar las murallas del Kremlin.

El día se desliza así, en la terrible contemplación. Todos rodean al emperador, conjurándole á que abandone el Kremlin; pero él, como temiendo que quieren llevárselo á la fuerza, se agarra á las rejas de las ventanas. Llega la noche, y el incendio está ya tan próximo, que la reverberación de las llamas flota en el semblante iracundo de aquel nuevo Júpiter sitiado por los Titanes.

Todos los que creían ejercer influencia sobre él han acudido: su confidente íntimo el príncipe de Neuchâtel, su cuñado Murat, su entenado el príncipe Eugenio; en vano porfían, en vano le suplican: ¡parece sordo, insensible, mudo! Todas sus facultades están concentradas en un solo sentido: ¡el de la vista! Con los brazos cruzados, la cabeza desnuda, el semblante dorado por un reflejo color de cobre, contempla...

De pronto, un murmurio corre de boca en boca; cada uno lo transmite rápidamente á su inmediato, y le empuja para que llegue de este modo hasta el emperador.

—¡El fuego está en el Kremlin!

Mas esto aun no basta.

—¡Que se apague!

Obedécenle: el fuego es apagado.

Diez minutos después, el mismo murmurio se renueva más amenazador. —¡Apagadlo, apagadlo!

Pero por tercera vez alumbra el incendio y estalla en el patio del Arsenal. Esta vez ha sido preso el incendiario: es un soldado de la policía.

Condúcenle ante Napoleón, que le interroga.

El hombre obedece una orden que ha recibido. Y ¿de quién la ha recibido? De su jefe. Y ¿de quién la recibió su jefe? Del suyo.

La orden, pues, viene de arriba; no es el fanatismo individual de algunos miserables el que incendia la capital de Rusia: es la ejecución de una orden superior; es el cumplimiento de un plan propuesto.

Napoleón levanta los hombros, y con un ademán de asco, hace signo que alejen de su vista al incendiario. Este es conducido al patio y traspasado á bayonetazos; pero muere sonriendo y pronunciando, en ruso, palabras de amenaza.

Un polaco las oye, y sube afanoso los escalones del palacio hasta el cuarto en que se obstina en permanecer Napoleón. —¡El Kremlin está minado!—dice.—¡Los rusos esperan hacer saltar al emperador y á todo su estado mayor!

—Señor,—dijo Eugenio,—contra los hombres se lucha como César y como Alejandro; contra los dioses se lucha como Diomedes y como Aquiles; ¡pero no se lucha contra el fuego!

—¡Vamos!—dijo Napoleón, decidiéndose.—¿Dónde está la escalera del Norte?

Las puertas se abren rápidamente; algunos guías se lanzan para indicar el camino, ansiosos á su vez de escapar al peligro, y bajan la escalera del Norte, inmortalizada por la matanza de los strelitz. —¿Dónde quiere llevar el cuartel general el emperador?—preguntó Berthier.

—A la carretera de San Petersburgo,—dijo Napoleón; —en el castillo imperial de Petrovsky.

Así, pues, á pesar del incendio, de las llamas, de la amenazadora mina; á pesar del volcán abierto bajo sus plantas, no se declara en retirada, no retrocede hacia Francia; al contrario: andará una legua más hacia San Petersburgo.

Empero ¿llegará á Petrovsky? ¿Se había resuelto tarde!

Poco antes sólo estaba sitiado por el incendio; ahora está bloqueado por el fuego.

Gracias á una especie de corredor abierto á través de los muros, ganan una poterna y salen finalmente del Kremlin.

Pero una vez fuera, están aún más cerca de las llamas; hállanse en el centro de un inmenso brasero; las calles desaparecen, envueltas entre los torbellinos de humo; el aire, cargado de cenizas, deja de ser respirable y quema el pecho.

Engolfáronse al azar por el espacio que tenía más visos de calle. Por fortuna, lo era, efectivamente; pero estrecha, tortuosa, ardiendo por ambos lados. El emperador iba andando á pie, en medio de unos veinte hombres; delante de él, agitando el aire con sus sombreros para hacerlo más respirable, iban Murat y Eugenio; Berthier le seguía —como siempre—, permaneciendo detrás, como en todas partes: pasando por donde pasaba el emperador, ni delante ni al lado, recibiendo su impulso, pero sin iniciativa.

¡Iban andado así, entre dos murallas de fuego, bajo una bóveda de fuego, sobre una tierra de fuego! Maderos ardientes caían á derecha é izquierda; el hierro y el plomo, fundidos, caían de los techos como la lluvia en día de tempestad. Las llamas plegábanse á impulso del viento, lamendo con la punta de sus lenguas devoradoras los plumeros de los oficiales; luego, levantándose de pronto, se remontaban al cielo como otras tantas banderolas ardientes.

Había que escapar, hallar una salida, ó asfixiarse.

¡Cinco minutos más, y nadie salía de aquella rendija del infierno!

Por un instante tuvieron la idea de volverse atrás; pero hundiéronse de pronto varias casas y formaron una barrida ardiente que cerraba la retirada.

—¡Adelante, pues! ¡Adelante!—dijo Murat.

—¡Adelante!—repitió Eugenio.

—¡Adelante!—exclamó también Napoleón.

Pero los que iban á vanguardia, mesándose los cabellos, respondieron con voz ahogada: —¡Imposible! Estamos cegados; por todas partes hay fuego.

En aquel momento oyóse en medio de la humareda una voz que gritaba: —¡Por aquí, señor! ¡Por aquí!

Y un joven de treinta años, con el rostro cruzado por

un sablazo, pálido aún por la reciente herida, apareció á la izquierda del emperador, saliendo de un torbellino de humo. —Guiadnos,—dijo Napoleón.

—¡Por aquí, señor!—repitió el joven.

Y, volviéndose á hundir en el torbellino de humo:

—¡Por aquí!—volvió á decir. —¡Por aquí! ¡Yo respondo de todo!

Napoleón se tapó la boca con un pañuelo: el aire se había hecho insoportable, sofocante, mortal.

—¡Por aquí, señor!—decía siempre la voz.

Al cabo de algunos pasos, la llama era, en efecto, menos ardiente, el humo menos espeso: hallábanse en un barrio que ardía desde por la mañana.

Un oficial general, conducido en litera, iba á penetrar en el horno devorador de donde acababan de salir como por milagro: era el mariscal Davoust, herido en el Moscova, que se hacía llevar al Kremlin para persuadir á Napoleón de que abandonara el palacio fatal.

Al divisar al emperador, se incorporó y le tendió los brazos; el emperador le recibió con reconocimiento, pero tranquilo, como si acabara de recorrer un trayecto ordinario.

En aquel momento apareció, á cincuenta pasos, un convoy de pólvora que desfilaba á través del incendio.

—¡Dejad pasar al emperador!—gritó el joven oficial.

—Dejad pasar la pólvora, caballero,—dijo el emperador.—La pólvora, en caso de incendio,—añadió, procurando sonreír,—es siempre lo que hay que salvar con más urgencia.

Al decir esto estalló un cajón.

Los que acompañaban al emperador le rodearon.

Y fueron estallando, después del primer cajón, otro, y otro, y otro; ¡las astillas caían en forma de lluvia de fuego!

Había cincuenta: dejáronlos pasar todos, y siguieron su interrumpido camino.

Al llegar á la puerta de Petrovsky: —¿No es el teniente Richard, que me enviasteis en Donauwörth, quien va delante de nosotros, y que ha llegado tan oportunamente para enseñarnos el camino en medio del incendio?—preguntó el emperador.

—Sí, señor,—dijo Davoust;—sólo que es ya capitán.

—No debe detenerse aquí, Davoust; y mientras espera á que le nombréis jefe de batallón, dadle vuestra cruz de oficial de la legión de honor.

El mariscal llamó al joven oficial, y, quitándose la cruz de oro:

—¡Capitán Richard,—díjole,—de parte del emperador!

El capitán Richard se inclinó, y Napoleón, al pasar, le hizo un signo con la mano, que quería decir: «¡Te he reconocido y no te olvidaré!»

El joven se retiró, dispuesto á morir por el emperador, sin una queja, sin un lamento.

El día siguiente, al despertarse Napoleón, corrió á la ventana que miraba del lado de Moscou; esperaba ver el incendio apagado ó, por lo menos, calmado: toda la ciudad no era más que un lago de fuego, que un nublado de humo. Aquel Moscou que habíamos venido á buscar de tan lejos, que parecía alejarse y huir delante de nosotros como los espejismos del desierto; aquel Moscou en el que, al fin, se había puesto mano, ¡no era más que un montón de cenizas! Ya no sólo eran intangibles los ejércitos del zar: ¡lo eran también sus ciudades!

¿Qué hará el hombre de 1805, de 1806, de 1809; el hombre de las rápidas resoluciones; el hombre que abandonó el campo de Bolonia para ir á ganar la batalla de Austerlitz; el hombre que salió de las Tullerías anunciando la fecha que entraría en Berlín; el hombre que dejó la España, atravesó la Francia y llegó á la carrera hasta Viena?

Va á marchar hacia San Petersburgo; así lo dice, al menos.

En una mesa está desplegado el mapa que indica el camino de la segunda capital del imperio moscovita; pero encima una mesa inmediata está desplegado el mapa que muestra el camino de París.

Esperará ocho días antes de resolverse: se necesitan ocho días para que su carta al emperador Alejandro llegue á San Petersburgo y provoque una respuesta. Sólo estamos á 19 de septiembre, y la temperatura es buena: hay tiempo de sobra para tomar un partido.

Pasados los tres primeros días, la ciudad quedaba consumida, es cierto, pero el incendio había terminado. El Kremlin, que pudo preservarse, era de nuevo habitable.

El emperador volvió al Kremlin; mientras entraba, le parecía que volvía á conquistar Moscou.

Desde allí pudo ver el terrible espectáculo de un ejército hambriento, devorando los restos de una ciudad.

Durante los tres días que Moscou tardó en consumirse y apagarse, Murat había perdido las huellas del general

Kutusoff, á quien perseguía;—pero no debía tardarse en tener noticias suyas.

Kutusoff, después de haber huído hacia oriente, volvió de pronto hacia mediodía, y había acampado entre Moscou y Kaluga.

Napoleón mandó á Murat en su persecución. Murat obedeció y alcanzó á su adversario el 29 de septiembre, y después el 11 de octubre.

El rumor de las dos batallas hizo inmutar á Napoleón en medio de sus esperanzas. Lo que le sucedía era tan inesperado como lo que sucede alguna vez en uno de esos hermosos días de verano, en los que de pronto se oye el estallido de un trueno, sin que se vea en el cielo la nube de que procede.

Excepto en su última campaña de Austria, el emperador había visto siempre, que al tomar la capital se terminaba la guerra; ¿por qué no ocurría en aquélla como en las otras campañas, en Moscou como en las demás capitales?

Es que, allí, había una cosa ó, mejor dicho, tres cosas temibles, que Napoleón no había encontrado en otras partes; tres silencios: el silencio de Moscou, el silencio de aquel desierto que rodeaba á Moscou y, por último, el silencio de Alejandro, que parecía no le importaba Moscou.

Napoleón va contando los días: ¡once días, once siglos que dura aquel silencio!

¡Sea! Luchará con igual terquedad; Napoleón pasará el invierno en Moscou.

Nombra un intendente para la capital del imperio ruso, y organiza algunas municipalidades; se dan órdenes para el aprovisionamiento del ejército; se convertirá la ciudad en un gran campamento atrincherado; el pan y la sal, esos dos grandes reparadores de las fuerzas humanas, no faltarán; los caballos que no se puedan mantener, serán salados; si faltan alojamientos, se establecerán en los sótanos; los primeros actores de París irán á representar en Moscou, como fueron á representar en Dresde. Hay que permanecer allí cinco meses, y cinco meses pasan pronto. Con la primavera llegarán los refuerzos: la entera Lituania unirá sus armas á las nuestras, y se acabará la conquista.

¡Sí; pero ¿qué dirá París, que durante cinco meses no tendrá noticias del emperador y de un ejército de ciento cincuenta mil hombres? ¿Qué harán los prusianos y los austriacos, esos aliados tan poco seguros, y que pueden convertirse en enemigos de un momento á otro?

Es un sueño, al que hay que renunciar.

El 3 de octubre se adopta una nueva resolución: incendiar los restos de Moscou, y marchar por Tyer hacia San Petersburgo; Macdonald alcanzará allí el grueso del ejército; Murat y Davoust mandarán la retaguardia.

Este nuevo plan es leído por Eugenio á los generales; los generales, mariscales, príncipes y reyes se miran unos á otros, y se preguntan con los ojos si el emperador se ha vuelto loco.

No; no hay más sino que su fortuna empieza á declinar. En otro tiempo, cuando se veía obligado á dar un paso atrás, la sentía á su lado, se apoyaba en ella: ¡hoy no está allí, y su brazo sólo encuentra el vacío!

En realidad, no necesita todo aquello, sino la paz.

El emperador manda llamar á Caulaincourt; Caulaincourt, que ha sido dos años embajador cerca de Alejandro, y que el czar ha tratado constantemente como un amigo, obtendrá buenas condiciones de él. Pero Caulaincourt rehusa; conoce á Alejandro: Napoleón no obtendrá ni una palabra de contestación de su enemigo, mientras no haya evacuado completamente su territorio.

Enviará á Lauriston.—Lauriston acepta y parte para el campo de Kutusoff, con objeto de pedir al viejo general un pasaporte para San Petersburgo; pero los poderes de Kutusoff no alcanzan á ello; propone despachar al conde Volkousky á San Petersburgo, no respondiendo de que regrese.—Tiene razón: ni Volkousky, ni Lauriston, ni Caulaincourt traerán respuesta alguna; esa respuesta se encargará de darla el invierno.

Y hacia el 14 de octubre llega: se ven las primeras nieves.

El emperador comprende, por fin, la advertencia, y da orden de despojar las iglesias de todos los ornamentos que puedan servir de trofeos al ejército francés.—A los inválidos les corresponderá una buena parte: poseerán, para la cúpula, la cruz de oro del gran Iván, que domina la cúpula principal del Kremlin.

El 16, sin que se hable aún de retirada —la palabra fatal que marca el decrecimiento de la fortuna imperial no llegará á ser pronunciada—; el 16, se *encaminan* hacia Mojaïsk la división Chaparède, los trofeos de la campaña y todos los heridos ó enfermos en estado de ser transportados.

Los enfermos y heridos que no podrían sostener la

fatiga, son dejados en el hospital de expósitos. Por lo demás, en aquella casa de dolor hay tantos rusos como franceses; los cirujanos que han curado á unos y otros con igual cuidado y una filantropía que no distingue de naciones, y para quienes los hombres son hombres, se quedarán con ellos.

De pronto el cañón —que, por otra parte, no ha dejado de retumbar en un punto ú otro— truena más próximo á Moscou.

El emperador, que pasa en el patio del Kremlin la revista de la división de Ney, oye el fúnebre eco, pero hace semblante de no haber oído nada; y por la noche, viendo que nadie se atreve á anunciarle la terrible noticia, Duroc se resuelve. Entra en la habitación del emperador y le dice que Kutusoff ha atacado á Murat en Voronovo, ha envuelto la izquierda del rey de Nápoles, le ha cortado la retirada, le ha tomado doce cañones, veinte cajones, treinta furgones, le ha muerto dos generales y puesto fuera de combate cuatro mil hombres; el mismo rey de Nápoles ha sido herido, obrando verdaderos milagros para restablecer la batalla, que, gracias á Poniatowsky, Claparède y Latour-Maubourg, sólo se ha perdido á medias.

Era lo que esperaba Napoleón; faltábale un pretexto para abandonar Moscou, y había encontrado el pretexto.

Era preciso castigar á Kutusoff.

Durante la noche del 18, el ejército se puso en movimiento para Voronovo, y el día siguiente 19, el emperador dejó la ciudad santa, y, extendiendo la mano hacia Kaluga, dijo: —¡Ay de los que se encuentren en mi camino!

Habíamos permanecido treinta y cinco días en Moscou; salíamos con ciento cuarenta y cinco mil hombres, cincuenta mil caballos, quinientos cañones, dos mil carros de artillería, cuatro mil cajones, calesas, coches y carretas de toda especie.

Cuatro días después, en la noche del 22 al 23 de octubre, hacia la una de la madrugada, aun cuando el ejército estaba ya tres etapas lejos de Moscou, conmovió el aire una violenta explosión, y el suelo tembló como por un terremoto.

Los que velaban alrededor del emperador se levantaron sobresaltados, llenos de espanto, preguntándose qué podía haber causado semejante conmoción.

Duroc entró en el cuarto del emperador, que se había echado vestido en cama.

El emperador no dormía, y, al ruido que hizo al entrar el gran mariscal, volvió la cabeza.

—¿Habéis oído, señor?

—Sí,—respondió Napoleón.

—Y ¿qué pensáis?

—No es nada; es el Kremlin que salta.

Y volvió la cabeza de cara á la pared.

Duroc salió.

XIII

Á paso ordinario

Era el 19 de noviembre, un mes justo después de la salida de Moscou.

Una columna francesa, tuerte de unos cuatro ó cinco mil hombres, arrastrando consigo una docena de cañones, se extendía como una larga faja negra, á una jornada hacia acá de Smolensko, entre Korytnia y Krasnoi.

Trescientos soldados de caballería marchaban á los lados de la columna.

Esos soldados de caballería, recogidos en Smolensko, pertenecían á todas las armas; sólo por un esfuerzo de valor se habían reunido y puéstose en camino. Nadie sabía lo que se había hecho de su regimiento, ni de los cuerpos de ejército de que formaban parte. ¿Qué había sido de ellos? Lo que sería, en la próxima primavera, aquella nieve que pisaban.

Efectivamente: en el instante en que divisamos aquellos desdichados restos de uno de los más hermosos cuerpos de ejército, Napoleón, que los precedía de tres jornadas de marcha, acababa de entrar en Orcha con seis mil hombres de la vieja guardia, resto de treinta y cinco mil; Eugenio, con mil ochocientos soldados, resto de cuarenta y dos mil; Davoust, con cuatro mil combatientes, resto de setenta mil. Aquello era lo que Napoleón —andando á pie con un bastón en la mano para dar ejemplo de valor y paciencia— se obstinaba en llamar el *grande ejército*...

Al salir de Smolensko, el 14 de noviembre, el emperador resolvió que el príncipe Eugenio y los mariscales Davoust y Ney saliesen sucesivamente detrás de él: Eugenio el primero, Davoust el segundo y Ney el tercero. Mandó, además, que transcurriese un día de intervalo de una en